

Enseñanza universitaria y universo simbólico humano

Heinz Dieterich

Sociólogo (Escuela de Bremen). UAM

Para enseñar adecuadamente en una institución de enseñanza es necesario que el profesorado tenga conciencia de la complejidad de los sistemas biopsicológicos de sus alumnos y, por supuesto, del suyo propio. Cumplir con ese axioma requiere satisfacer varios requerimientos de tipo epistemológico, teórico, metodológico, pedagógico y didáctico. Dos de los principales se refieren al grado de comprensión que tenga el maestro sobre la importancia conductora y estructurante de las categorías “identidad” y “patria” en la conceptualización del curriculum que tiene que impartir, y al universo simbólico que conforma la personalidad de los educandos. En este breve ensayo, nos dedicamos al segundo aspecto, es decir, a aclarar algunos de los principales lenguajes que constituyen ese universo simbólico y, por consiguiente, de la arquitectura psicológica del ser humano.

El universo simbólico del *homo sapiens* –o como yo prefiero llamarlo a fin de mantener presente su sustrato material, el mono sapiens– comprende esencialmente los siguientes sistemas o lenguajes de razonamiento: 1. el sentido común o pensamiento cotidiano; 2. el mítico; 3. el mágico; 4. el metafísico-religioso; 5. el moral-ético; 6. el estético; 7. el artístico; 8. el filosófico y, 9. el científico. Aunque todos se basan en el material genético (ADN) del ser humano, que a su vez resulta de la evolución de 3.6 mil millones de años de la materia biológica en la Tierra, las diferencias entre ellas son considerables, tanto en cuanto a la influencia que tienen en las personas y la sociedad, como en lo referente a la objetividad del conocimiento que producen. Si construimos una escala según su racionalidad, objetividad y potencial de control objetivo del mundo, la ciencia moderna sería el sistema de conocimiento que supera a todos los demás. La prolongada existencia de esos diversos tipos de razonamiento se debe a que cumplen diferentes, pero vitales funciones para la sobrevivencia del ser humano. Eso explica porque todos, menos la ciencia moderna, han

existido desde la aparición del hombre moderno hace cien mil años, y porque generalmente no se puede sustituir uno por otro.

El sistema del *sentido común* o *pensamiento cotidiano*, con su núcleo del cálculo espacio-tiempo-movimiento, es la base de comportamiento de todo sistema biológico animal que tiene que reproducirse biológica y económicamente en su hábitat ecológico. Si usamos una analogía simplificadora de las computadoras podemos entender este sistema de conducción como el sistema operativo básico de los sistemas de vida animales. Se trata de un lenguaje que opera en gran medida en el subconsciente o pre-consciente, dándonos, por lo general, un cálculo aproximado adecuado del espacio, del tiempo y de los movimientos del entorno, para sobrevivir. Ese lenguaje, con todos sus problemas, es un sistema imprescindible para la sobrevivencia y, en balance, es de muy alta eficiencia en la manutención de nuestra vida.

El *pensamiento mítico* aparece en la aurora de la humanidad. Es el primer intento conciente del ser humano de orientarse en el universo, proyectando sobre él un orden que lo hiciera entendible y previsible. En ese orden inventado por la mente humana operaban fuerzas creadoras y destructoras; buenas y malas; en las alturas y las tinieblas; secuencias de causas y efectos en el tiempo, es decir, movimientos, que se producen en el espacio. Era el orden social de su comunidad bosquejado sobre el firmamento.

El *pensamiento mágico* comparte con el mítico la necesidad de dominar el entorno que rodea al ser humano y que en parte es previsible y en parte, imprevisible. Es una necesidad práctica de sobrevivencia, que procura, como cien mil años después lo procura la ciencia, entender el cosmos en términos de causa-efecto. Sin embargo, al no disponer del método científico crea cadenas de causa-efecto *ficticias* que sólo existen en su mente, que no son objetivas como las que revela la ciencia. Una sequía que amenaza con destruir a una comunidad humana es interpretada como el castigo de un Dios iracundo. El sacrificio de algo valioso y puro de la comunidad, como una niña, pretende conjurar la ira de la fuerza “divina”, y salvar a la comunidad. Es un fatal error del pensamiento de la comunidad. Entre el fenómeno meteorológico “sequía” y el sacrificio de una vida humana no existe relación causal alguna. El erróneo diagnóstico subjeti-

vista de la realidad, distorsionado por el sujeto que lo produce, conlleva a la falla del remedio.

El origen del *pensamiento religioso* es la fragilidad e indefensión del ser humano ante los poderes de la naturaleza y de la sociedad, desde los sismos, huracanes y enfermedades hasta el desempleo, la represión del Estado y los vaivenes del mercado mundial. Todo sistema biológico está genéticamente programado para defender su existencia y, por eso, trata de evitar la muerte. Sin embargo, en la especie más avanzada, el ser humano, su conciencia le revela que vive una paradoja existencial. Por una parte, está programado para defender su vida, y por otra, sabe que está programado para la muerte, debido a que su organismo biológico no se reproduce más allá, en promedio, de los 76 años. Ante el deseo de vivir y lo inevitable de la muerte se inventa una “vida eterna” que la naturaleza no ha previsto para la especie: el más allá, el paraíso, el Jardín del Edén.

Al igual que el pensamiento mágico, se trata de una solución ficticia, subjetivista. Es un software-placebo que le proporciona a la persona una tranquilidad psicológica engañosa, pero que le ayuda a controlar sus miedos ante la muerte. Mientras el ser humano no tenga la fuerza individual de aguantar el *factum* de la muerte, habrá religión y demás sistemas placebo que le prometen soluciones que no existen, porque la evolución no las ha desarrollado. En este sentido, la tesis de la ilustración europea de que la religión e iglesia católica sólo existía por la falta de educación del pueblo y la manipulación de la Iglesia, no entendió la raíz antropológica más profunda del sentimiento religioso y demás sistemas simbólicos de solución ficticia, como la magia y la astrología del *homo sapiens*.

La moral y la ética son tan antiguas como la existencia del ser humano. Son, esencialmente, las reglas de comportamiento de la manada, definidas como sistemas normativos que regulan la convivencia de los individuos en grupos sociales. Mientras las leyes imponen el comportamiento definido por la sociedad/Estado desde el exterior del individuo –con la policía y la justicia– la moral y la ética son básicamente instancias internas del *homo sapiens*, que le informan sobre las condiciones de una praxis solidaria deseable. Esas normas son impuestas, esencialmente por los padres, la sociedad y el Estado; interpretan y definen los valores imperantes en una sociedad, como positivas y negativas, y son internalizadas como paquetes

de aplicación del *software* del individuo y de los grupos sociales. La diferencia fundamental con la justicia es la siguiente: en el caso de la ley decide el Estado, lo que hay que hacer; en el caso de la ética, es el sujeto mismo. La ley es una obligación externa; la ética es un compromiso voluntario del adulto de actuar de manera solidaria y respetando los derechos humanos de los demás, para no convertirse en victimario de los demás.

En el *pensamiento y sentir estético* se combinan elementos eróticos (amor al cosmos), lúdicos y de placer con aspectos útiles para la sobrevivencia práctica. La sensibilidad estética nos permite sentir placer en la presencia de determinados colores, sonidos, olores, formas, texturas, proporciones, luces y sombras, tacto, y, de la misma manera, adornar y embellecer un espacio físico o un objeto o sujeto de tal forma que agrada a nuestros sentidos. A semejanza de sus funciones en el reino animal, permite, entre otras cosas, intimidar al otro (símbolos, pintura de guerra); impresionar y atraer eróticamente a los demás miembros de la especie (maquillaje, lociones, ropa); establecer relaciones con el supramundo e inframundo (los dioses y la muerte) y cazar a animales mediante la imitación. Sin embargo, la estética trasciende la utilidad, es una constante antropológica. Podríamos comer en platos que fueran simplemente funcionales en forma y color; pero preferimos platos que tienen adornos y formas elegantes. De hecho, procuramos generalmente modificar nuestro mundo creativamente, de tal manera que sea agradable a nuestros sentidos.

La disposición natural estética que la evolución nos ha dado se eleva en los grandes creadores humanos a la dimensión del *arte*. Su singular creatividad les permite generar obras que van más allá de lo “bonito”, como por ejemplo, en la artesanía. Esos artistas plasman no sólo el momento histórico en que se produce la obra, sino sus eternos aspectos positivos y negativos; sus conflictivas y simbióticas relaciones con la sociedad y con la naturaleza; sus tragedias y epopeyas; su generosidad y egoísmo; lo bello y lo terrorífico; su naturaleza colectiva de animal de manada y su necesidad existencial de ser sujeto.

Es ese aspecto trascendente del arte que permite al espectador disfrutar las obras de cualquier cultura y de cualquier tiempo, en la actualidad. El

arte es, junto con la ciencia, el único sistema simbólico del hombre que permite reconstruir en sus creaciones el mundo tal como existe. Nos da conocimiento objetivo del mundo, pero, a diferencia de la ciencia, expresa sus verdades generalmente en lenguajes cualitativos (música, pintura, esculturas) fuertemente subjetivizados que dificultan su comprensión y asimilación por parte del ciudadano común. A semejanza de la ciencia, el arte no sólo comparte su base material genética (la capacidad estética) con todos los seres humanos, sino requiere también una enorme aportación de la cultura, como expresa en forma dramática el gran artista italiano Leonardo da Vinci en su *Tratado de la Pintura*, donde habla sobre la perspectiva y el arte de la pintura: “Que nadie que no sea matemático lea mis obras.”

El *pensamiento filosófico*, a semejanza del mito y de los sistemas de respuestas ficticias, se ha dedicado a buscar respuestas (razones) acerca del origen y orden de las cosas, del sentido de la existencia y de la incógnita sobre las condiciones bajo las cuales el ser humano puede comprender el mundo. Este empeño la convirtió históricamente en el puente entre los mitos, los sistemas de respuestas ficticias y la ciencia moderna. Avanzó la calidad de los métodos y categorías del pensamiento, sin llegar al rigor de la ciencia moderna y a su elemento específico y distinguido: el protocolo científico. Muchas de sus tareas hoy día están siendo cumplidas por las ciencias y se ven pocas contribuciones de importancia de los filósofos actuales a la solución de los grandes problemas de la humanidad.

Si clasificamos la función específica de cada uno de estos sistemas podemos decir que el mito, la magia, la religión y la moral/ética son lenguajes primordialmente pragmáticos que pretenden ordenar e influenciar el entorno del ser humano o su comportamiento social. La estética, en cambio, es un sistema pragmático-erótico en el sentido del *Eros* de los griegos, es decir, del amor al universo, a diferencia de los impulsos agresivos y destructivos (*Thanatos*). El arte es un lenguaje analítico-erótico, la filosofía, en sus mejores exponentes, es analítica y la ciencia es analítica y pragmática, por esencia. Si ordenamos esos lenguajes de interpretación *según su capacidad cognoscitiva objetiva*, es decir, según su capacidad de producir conocimiento objetivo, entonces obtenemos una escalera, en la cual la ciencia ocupa el eslabón más alto, mientras que los discursos míticos, mágicos y religiosos se ubicarían en los eslabones más bajos.

Esta breve reseña del universo simbólico del mono sapiens no es más que un primer acercamiento al complejo conjunto de los sistemas de interpretación que conducen nuestra praxis como seres humanos. Nos da un modelo sobre el cual se puede seguir profundizando la investigación mediante la integración de otros aspectos pertinentes, como los emocionales, los psico-somáticos y las relaciones de poder. Lo importante en este momento es, superar los viejos modelos reduccionistas como el rousseauiano, el hobbesiano y el del “hombre nuevo”, para trabajar con la juventud académica sobre una sólida visión antropológica del ser humano.▲